DIEZ COSAS QUE SU HIJO LE AGRADECERÁ UN DÍA...

Normas morales, independencia de criterio, responsabilidad en las decisiones, familia, disciplina propia y mucho más...

William C. Coleman

DIEZ COSAS QUE SU HIJO LE AGRADECERÁ UN DÍA...

William C. Coleman

Para vivir la Palabra

Para vivir la Palabra

Publicado por:

Editorial Nivel Uno, Inc.
3838 Crestwood Circle
Weston, Fl 33331
www.editorialniveluno.com

©2017 Derechos reservados

ISBN: 978-1-941538-25-8

Desarrollo editorial: *Grupo Nivel Uno, Inc.*
Diseño interior: *Grupo Nivel Uno, Inc.*

Copyright ©2017 por Patricia A. Coleman

Todos los derechos reservados. Se necesita permiso escrito de los editores, para la reproducción de porciones del libro, excepto para citas breves en artículos de análisis crítico.

A menos que se indique lo contrario, todos los textos bíblicos han sido tomados de la Santa Biblia, Nueva Versión Internacional® NVI® ©1999 por Bíblica, Inc.©. Usada con permiso.

Printed in the United States of America
Impreso en Estados Unidos de América

17 18 19 20 21 22 VP 9 8 7 6 5 4 3 2 1

Contenido

Nota del autor 5
Cartas enviadas al hogar 7

1. *Gracias por…*
permitirme soñar, aunque algunos sueños
fueron pesadillas 13

2. *Gracias por…*
llevarme a ver el juego. Nosotros dos solos 31

3. *Gracias por…*
decirme que pagarás mi llamada 49

4. *Gracias por…*
bautizarme en el río 65

5. *Gracias por…*
olvidar lo que dijimos 81

6. *Gracias por…*
mantener las manos en tus bolsillos 89

7. *Gracias por…*
asistir a mis juegos, pero no a todos 105

8. *Gracias por…*
ser un ancla en tiempo de tormenta 121

9. *Gracias por…*
disciplinarme 141

10. *Gracias por…*
no ponernos el uno contra el otro 149

«Grábate en el corazón estas palabras que hoy te mando.
Inculcaselas continuamente a tus hijos.
Háblales de ellas cuando estés en tu casa
y cuando vayas por el camino,
cuando te acuestes
y cuando te levantes».
—Deuteronomio 6:6-7

Nota del autor

En aquel entonces… me hubiera encantado saberlo todo.

Para cuando nacieron nuestros hijos yo quería ser el padre perfecto. Como fui criado en el seno de una familia cargada de problemas, supe exactamente lo que no debía hacer. Deliberadamente empecé a ingeniarme un plan mediante el cual evitaría incurrir en los errores de mi familia de origen.

Naturalmente, el plan salió bien. Evité los viejos errores, pero en el proceso yo mismo cometí mis propias equivocaciones. El gran factor que no había calculado era el de la individualidad, o sea, que el hijo adolescente busca su propia identidad. A fin de cuentas, son ellos quienes toman sus decisiones de lo que en realidad quieren ser. Y no es que hubiésemos fracasado. Me siento feliz con nuestros hijos, que ya están creciditos, y los amamos igual que ellos nos aman a nosotros. Pero, en retrospectiva, lanzo el grito de angustia paternal: «Me habría encantado saberlo todo en aquel entonces, como lo sé ahora».

Nuestra familia es semejante a cualquier otra. Hemos tenido nuestros momentos sublimes y también hemos atravesado el valle de lágrimas. He tenido que comparecer en la oficina del director de la escuela debido a mis tres hijos adolescentes. Estuve allí por el alto índice de inteligencia que poseían y porque les hicieron objeto de recompensas y honores. Estuve allí también porque la

administración les quería expulsar de la escuela. Estuve allí cuando se los honró en la fiesta anual de la escuela, y cuando la policía se presentó a las tres de la madrugada.

Somos una verdadera familia. Queremos que nuestros lectores lo sepan. Si acaso usted busca obtener sabiduría de una familia que pretende tenerlo todo, déjeme decirle que se equivocó en escoger este libro. Le sugiero que lo devuelva y pida el reembolso de lo que pagó. Pero si quiere tener alguna idea de lo que realmente importa al criar a hijos adolescentes, entonces sí le podrá ser de gran ayuda.

La intención de escribir este libro la tuve primero cuando en un seminario le pedí a un grupo de personas que me anotaran en un papel lo que pensaban que sus padres hicieron correctamente. Las respuestas que me dieron fueron tan elocuentes, que empecé a hacer esta pregunta a otros. Todos aceptaron con beneplácito la oportunidad de reflexionar sobre los gratos recuerdos de su infancia y adolescencia.

Mi esposa y yo también escuchamos opiniones de nuestros propios hijos. Ellos nos dijeron lo que consideraban de valor y lo que no tenía ninguna importancia en su pasado. Esto nos abrió los ojos. Nos dimos cuenta entonces de cuánta importancia le habíamos dado a cosas secundarias, y cómo habíamos desestimado las cosas que sí eran de trascendencia.

En verdad, nuestra experiencia de retrospección sobre nuestro comportamiento general como padres ha sido valiosa. Ahora podemos dar gracias a Dios una vez más por cada miembro de nuestra familia.

Es nuestra oración que este libro resulte de utilidad para los padres de todas las épocas: los que anhelan que sus hijos lleguen a ser jóvenes, a los que ya los tienen, y también a los que miran al pasado con mucho amor y aprecio.

Expresamos nuestro agradecimiento a todos aquellos que tuvieron la buena voluntad de cooperar con nosotros.

Bill y Pat Coleman

Cartas enviadas al hogar

Los niños son maestros expertos. Están muy bien enterados de todo lo que ocurre, y se vuelven más alertas al entrar en la edad de la adolescencia. Como jóvenes quinceañeros que son, nos asombran, nos desafían, nos llenan de satisfacción y, algunas veces, hasta nos parten el alma de dolor. Cuando tenemos alguna idea de lo que es realmente duradero e importante, es que estamos en condiciones de proveer las actitudes y los hechos que pudieran ser para toda una vida.

Durante un receso en un seminario en Hordville, Nebraska, un caballero amigo sacó su billetera y me preguntó si quería ver algo. Me imaginé que me mostraría fotografías de sus nietos, y me preparé para pronunciar mis frases habituales de admiración. Pero no fue eso lo que mostró, sino más bien un pedazo de papel.

«Esta es una carta que mi niña me envió. Ahora cursa estudios en la universidad», me dijo. Su rostro se iluminó de alegría, tal como le sucedería a cualquier padre en iguales circunstancias.

Abrí y leí la carta y encontré toda una página de reconocimientos y gratitud para su fabuloso papá. No había vacilación alguna en sus expresiones, ni mensajes escondidos o quejas. En la hoja había escrita una serie de palabras de aprecio por las muchas cosas buenas que él había hecho y por la clase de persona que era.

En esta carta, una hija había dejado a su padre libre de toda duda y le había hecho sentirse como una persona realizada. Él ya no

tenía que preocuparse con respecto a las cosas que no había hecho. Ella le decía que él había hecho lo correcto.

Por supuesto, no todos los padres van a recibir una carta semejante a esta. Hay muchos que sólo conseguirán un fuerte abrazo y frases de agradecimiento por todo lo que hacen. Esto ya es decir mucho. Desafortunadamente, algunos padres muy buenos nunca oirán palabras de agradecimiento y apenas supondrán cómo actuaron.

Cuando nuestros hijos ya crecidos hablan al respecto, y por cierto que no siempre les es tan fácil, nos dan una idea clara de lo que para ellos fue importante durante sus años de formación y desarrollo. Con frecuencia dan gracias a sus padres por cosas extraordinarias, las que, en su mayoría, son experiencias personales en las que no se invirtió tanto dinero.

Muchos adultos jóvenes se sienten avergonzados de que sus padres gastaran demasiado dinero en ellos. No les impresiona mucho las palabras tipo sermón que escuchan, sino que agradecen más los ejemplos de una fe cristiana.

Algunos padres han recibido la misma información por el simple hecho de preguntarles a sus hijos. Sé de uno, a quien conozco, que se sentó a la mesa en el comedor e hizo preguntas claras sin reprimendas. ¿Qué clase de disciplina piensan ustedes que fue la más eficaz? ¿Cuál fue su vacación favorita? ¿Cuáles son algunos gratos recuerdos de la Navidad?

Sin querer sacarles elogios, podemos darles la oportunidad de que nos digan las cosas que les hacen brillar los ojos. Todos los padres debieran sentir el placer de cerciorarse de cuán a menudo hicieron cosas significativas e importantes para sus muchachos.

Una carta de June

Hace unos dos años recibí una de esas cartas mágicas. En ese momento nuestra hija de veintidós años de edad se encontraba en

St. Louis, trabajando durante el verano con niños del centro de la ciudad.

La carta que recibí de June ese verano, estaba llena de palabras de agradecimiento para su papá, lo cual hizo estallar de gozo mi corazón. Le pedí permiso a June para publicarla porque creo que en dicha carta se explica el propósito de este libro.

Algunas partes pudieran parecer vagas, no obstante, no quise cambiar su redacción. La carta es real y espontánea. La única excepción es el nombre del primo. Nuestros intentos por evadirlo fueron en broma, y estoy seguro de que cada familia podrá entender esta clase de maniobras.

Querido papá:

Recuerdo cuán emocionante fue saltar al asiento delantero de la camioneta de papá. Todavía tengo en mi memoria cuando le ofrecí un chicle y él no se enojó porque se le pegó en su dentadura. Él sabía que eso le iba a pasar, pero quiso aceptar mi regalo. Recuerdo también cómo nos subíamos en el viejo Buick, mi padre y yo solos, y nos íbamos a Nebraska a ver los juegos de balompié. Recuerdo el tremendo pastel de fresas en el negocio Big Boy Shoney. Recuerdo el juego de *trepar* en el parque Streeters. Recuerdo cómo mi papá trataba de cortar *mis jeans* que se habían enredado en la cadena de mi bicicleta, y el resultado fue que mis pantalones se quedaron atrapados y tuve que correr desnuda a casa. Recuerdo cómo se iluminaba mi cara al ver a papá actuar en las producciones de teatro de la comunidad. Recuerdo haber sido suavemente bautizada en el río. Recuerdo el buen olor de papá al mover sus brazos frente al aire acondicionado del carro. Significó mucho para mí haber podido participar de las vacaciones en familia; pasear por el *Estes Park,* soplar el radiador en Carolina del Norte, y tratar de evadir juntos al primo Arnoldo en la reunión familiar. Mi

amor por la ciudad se lo debo a él. Puedo recordar cuando miraba la serie de televisión Raíces y le pregunté si podía casarme con un hombre de color. Me contestó que tan solo me asegurara de que ese hombre fuera el mejor del mundo para su pequeña niña. Ese incidente me ayudó a formar muchos de mis sentimientos y actitudes respecto a la igualdad. Recuerdo haber patrocinado a una familia procedente de Laos y el buen ejemplo que eso fue para mí. Recuerdo cómo papá unía los hilos de la relaciones de familia cuando todo indicaba que nos estábamos separando.

Recuerdo cuando se apagaba el motor del auto unas treinta veces por no manejar bien la palanca de cambios, mientras él pacientemente me decía: «Ya casi lo logras, trata una vez más…». Recuerdo lo orgullosa que me sentí cuando le mostré a mis compañeros del tercer grado el primer libro impreso de papá. Recuerdo la emoción de cada sábado por la noche en *Salisbury*, porque podía llamar de larga distancia a mi casa. Saltaba rápido de la cama tarde en la noche para contestar el teléfono, porque sabía que era papá quien me llamaba. Él siempre encuentra la forma correcta para decir las cosas.

Recuerdo su paciencia cada vez que estropeé su automóvil. «¡Qué! ¿No estás furioso?», le preguntaba. También recuerdo con alegría cuando íbamos a comprar donuts a medianoche, y un café por las mañanas. En verdad que echo de menos estas cosas.

Papá es excepcionalmente sensato. No hay dudas que también es compasivo. Él nunca tiene que ganar. Trata siempre de hacer lo mejor. No se le hace difícil perdonar, es lento para enojarse. En una palabra, es el compendio del amor del que nos habla Pablo en 1 Corintios.

Me enseñó a llorar cuando lo necesito, y a dejar de llorar también. Me ha enseñado a exigir justicia y a vivir para

servir. He aprendido a confiar cuando la vida se torna difícil en extremo. Me ha entendido y me ha escuchado (llorado) cuando me vi en la necesidad de cortar ciertas relaciones. De él aprendí a tener el valor de ser independiente, a correr riesgos.

Mi padre me ha mostrado una paz digna de ser aprendida, en la cual estoy trabajando aún.

¡Te amo mucho papá!

June

«Gran remedio es el corazón alegre,
pero el ánimo decaído seca los huesos».
—Proverbios 17:22

1

Gracias por... permitirme soñar, aunque algunos sueños fueron pesadillas

Un soñador es un idealista, un romántico, se evade desde su mundo real hacia un mundo ideal. Es alguien que busca alondras, esas aves cantoras que la gente persigue sólo por diversión.

Si somos afortunados, tendremos hijos que sean así. Crecen persiguiendo sueños. No son bobos, sino gente sana que echa a volar su imaginación y corren riesgos. Se desesperan por intentar cosas nuevas, o ir a nuevos lugares a experimentar todas las cosas posibles.

A los padres de estos muchachos se les llama choferes. En los primeros años invierten mucho tiempo llevando a sus hijos a los juegos de béisbol, a las competencias, a los parques, las concentraciones públicas y a la escuela. Sus «soñadores» quieren ver, oír, sentir, aprender y hacerlo todo por sí mismos. Cuando lleguen a la adolescencia podrán manejar, pero hasta ese momento necesitan de choferes.

Nunca llamen a los choferes de un muchacho «soñador», padres tras bastidores. Ellos no tienen que empujar a sus hijos a cada suceso debajo del sol. Estos chicos empiezan a correr a su propio ritmo y desafían a sus padres a que se mantengan al ritmo de ellos.

Lo que estos muchachos más necesitan de sus padres es la respuesta a la pregunta: «¿Es correcto soñar?». Un padre puede dar un «no» por respuesta y echar así un balde de agua fría sobre este joven imaginativo. Esta respuesta no lo detendrá a él o a ella, necesariamente, pero sí constituirá un obstáculo.

Por otra parte, los papas pueden dar señales claras y positivas, y animar al joven al dejarlo en libertad de explorar. Podemos dar el mensaje por medio de palabras, de actitudes y sirviéndoles de modelo. Los jóvenes a quienes se les permitió el lujo de soñar, guardan un cálido rincón en sus corazones para sus comprensivos padres.

Encontrar su propia senda

Cuando nuestra hija June tenía apenas dieciséis años de edad ya contaba con una larga historia como cazadora de sueños. Quería formar parte de todas las organizaciones que conocía, y jamás se unió a un grupo del que no quisiera ser presidenta a las dos semanas. Como padres sabemos que June, al igual que otras muchachas de su edad, al tener su propia licencia de manejar querría pedirnos prestado el automóvil. (La mayoría de los padres desearían que la edad legal para manejar se estableciese a partir de los treinta y cinco años, para así evitar las altas pólizas de seguro.)

June, apenas familiarizada con el manejo, pronto anunció su sueño. Había conocido a un buen joven que vivía a cien millas de distancia, en Podunk, Nebraska. Para llegar allí tendría que bordear la ciudad de Lincoln, yendo por la carretera Interestatal ochenta, y entonces continuar las veinticinco millas restantes por caminos rurales.

June había planeado una cita durante el día, a fin de regresar antes de que oscureciese. Lo tenía todo pensado y, sencillamente, quería usar el carro y que le diésemos una afectuosa y motivadora despedida.

El muchacho había estado en nuestra casa y teníamos una buena impresión de él. La pregunta era: ¿Cómo nos sentíamos con respecto a June? Un viaje largo y el pensar que ella manejara sola, en realidad nos aterraba. En el caso de que fuera un hijo varón, los padres pudieran pensar que si llegara a extraviarse en una carretera por ahí, probablemente lo resolvería. Pero la posibilidad de que nuestra pequeña hija se quedara con su carro varado era algo que nos atemorizaba con sólo pensarlo.

Tratamos entonces de negociar. ¿Qué tal si yo mismo manejaba? Eso, ni pensarlo. ¿Y si yo la llevaba hasta Lincoln y allí la esperaba en el centro comercial hasta que regresara? Totalmente innecesario, insistió ella.

Finalmente, estuvimos de acuerdo en dejar que June persiguiera su sueño. Descorazonado, le entregué las llaves el día previsto. Casi convencido de que nunca volvería a ver a June, le deseé un feliz viaje. Ella sacó en retroceso el carro del garaje (sin mirar) y se marchó sola manejando hacia el perverso mundo.

Cualquier padre de familia podría imaginarse lo traumático que tal incidente fue para nosotros. Dejar de soñar no es cosa fácil. Pero, ¿recuerdan cómo nos sentimos cuando nuestros padres manejaban las riendas de nuestra vida? Queríamos descubrir las cosas por nuestra propia cuenta. Alegremente cambiaríamos la seguridad por la libertad. Queríamos protección, pero también permiso para ir tras el arco iris.

Echa tu pan sobre las aguas

Niños con imaginación y poder creativo pueden emerger de hogares aburridos, pero solamente al costo de grandes dificultades.

Rodeados por una mentalidad cerrada, deben luchar por liberarse a sí mismos de una atmósfera desconfiada e indecisa. Pero los jovencitos a quienes se les permite soñar en su hogar, lo más probable es que tengan visiones y en colores vividos.

El autor del libro de Eclesiastés atrae al lector con la invitación a arriesgarse: «Echa tu pan sobre las aguas; porque después de muchos días lo hallarás» (11:1).

En algunas familias sobresale el espíritu de aventura. Ya sean aventuras físicas, espirituales o mentales, empujan a algunos a tratar de hacer algo nuevo. Ninguna aventura atolondrada en las que todos se exponen a sufrir daños, sino en aquellos desafíos creativos que nos alientan a por lo menos intentar.

Encontramos el mismo espíritu en Proverbios 11:24: «Hay quienes reparten, y les es añadido más; y hay quienes retienen más de lo que es justo, pero vienen a pobreza».

El que no se aventura no gana ni pierde. Los jóvenes captan el espíritu de aventura de sus padres cuando ven que ellos dan generosamente, que echan su pan sobre las aguas y que logran que sus propios sueños se cumplan.

Cuando un joven ve que sus padres se arriesgan, lo más probable es que él intente hacer lo mismo. Por ejemplo, los padres que van a otro país a hacer una obra misionera por corto tiempo, que conducen estudios bíblicos en hogares, que alimentan al hambriento en su ciudad, y que sacrifican su tiempo y sus talentos a favor de otros, les dan a sus hijos adolescentes el ejemplo de la aventura. Ellos aceptan los riesgos. Por el hecho de correr algunos de ellos, les dan a los jóvenes el tácito permiso a soñar y a experimentar sus propias aventuras.

Nuestro amigo Cliff echa su pan sobre las aguas al participar en la excavación de pozos en Haití. Su disposición a ir allí, año tras año para dar a otros, ha resultado que veintenas de otras personas viajen para trabajar allí. Cliff se arriesgó sin saber qué le esperaba o

qué le acontecería. Los buenos resultados se han multiplicado una y otra vez.

A los adolescentes se les debiera exponer a más que a ilusiones temporales. No limite sus deseos de tener casas más grandes y automóviles más veloces. Hay sueños espirituales que son necesarios desafiar. Hablar de Cristo, darle esperanza al desesperado, servir de consejero a los amigos, orar por los necesitados y dar alimentos a los pobres son, en verdad, sueños espirituales. Conmover las almas y los corazones de otros son sueños que podemos hacer realidad.

No sólo los padres deben recibir todo el crédito. Los adolescentes deben decidir por ellos mismos, en definitiva, ser aventureros. Pero nosotros podemos proveerles de algunas plataformas de lanzamiento.

Los rompesueños

Hay algunos padres que se enorgullecen de su habilidad para desbaratar los sueños. Estos se derriten bajo el intenso calor. Bajo mucha presión se rompen en pedacitos. Los rompesueños creen que su contribución es ver dónde está lo malo en cuanto a su sueño, y luego lo destruyen.

Aunque la intención fuera simplemente salvaguardar al niño mediante la destrucción de su anhelo, los rompesueños tienden también a destruir al soñador.

Si el padre es negativo y cauteloso en extremo, el muchacho tiende a reaccionar en una de estas dos maneras: O bien trata de no soñar porque presiente que pudiera ser peligroso, o continúa soñando, pero no le da a conocer esos sueños a los rompesueños, sus padres.

El libro de los Proverbios nos dice cuán doloroso es un espíritu triste: «Gran remedio es el corazón alegre, pero el ánimo decaído seca los huesos» (17:22).

Todos nosotros hemos sufrido en más de una ocasión de un espíritu triste, tal vez muchísimas veces. Pero la clase más severa de un espíritu triste viene de nuestros padres. Cuando un padre dice que nuestras ideas son torpes, admitimos que ellos lo saben mejor que cualquier otro. Es difícil que el espíritu del joven se levante si el padre primero le ha dado su desaprobación.

Ese conocimiento no detendrá a los rompesueños. Están convencidos del valor de anular la fantasía. Piensan que todo asunto debiera ser totalmente escudriñado y quieren que lo negativo sea eliminado antes de seguir hacia adelante.

A los jóvenes les encanta escuchar estas palabras: «¿Por qué no lanzarse al agua?».

Atar y morder

Los padres que bendicen los sueños saben cuándo atarse las manos y morderse los labios. Esto comienza a temprana edad, cuando Nahúm trata de conectar el televisor al control remoto del garaje. Él pensaba que de esa manera papá podría sintonizar las noticias al estacionar el automóvil.

La mamá sale de la cocina y Sara decide agregar hongos a las galletas de chocolate. Se imagina que eso les dará sabor de pizza.

Pienso que Dios hace lo mismo por nosotros. Él debe sentirse tentado a intervenir, a protegernos, a guardarnos bien seguros. Pero nuestro Padre celestial nos deja que persigamos nuestros sueños, mientras Él se sienta y se muerde los labios. Dios respeta nuestras decisiones. Sabe que nosotros bien pudiéramos enredarlo todo, pero aun así Él nos da esa oportunidad.

Los hogares conservadores, por lo general, prefieren detenerse. Aventurarse o arriesgarse no es una de sus prioridades. Las familias conservadoras no sienten placer en experimentar y adoptar ideas novedosas. Les gusta ser cuidadosas, cautelosas y mantenerse

inmóviles. Si tal es el caso, no debieran sorprenderse tanto si sus hijos son reacios a divagar y soñar.

Los niños que juegan con nuevas ideas se atreven a correr riesgos. Se imaginan cosas que todavía no han visto. En su forma más pura, esto es fe en el concepto verdaderamente bíblico:

> «Ahora bien, la fe es la garantía de lo que se espera, la certeza de lo que no se ve» (Hebreos 11:1).

¿Cómo es posible que familias que no tienen sueños formen hijos que sí sueñan? Ellas lo permiten y animan a sus hijos a que vayan tras sus ilusiones. Esto pasa todo el tiempo. Los padres que no salieron a jugar en la escuela cuando eran jovencitos, permiten y animan a sus propios hijos a disfrutar esa oportunidad. Los que nunca viajaron a un país extranjero cuando eran jóvenes, les permiten ahora a sus hijos ir, por ejemplo, a Costa Rica, a servir como misioneros de verano. Si acaso no pudimos ir en pos de nuestros propios sueños, aún es tiempo para que soltemos a nuestros hijos y les permitamos correr tras los suyos.

Pienso que cada padre debiera tener un hijo a quien le guste el piano, un artista del teclado que alegremente practique sin que lo estén regañando. Nuestra hija June fue el regalo que Dios nos dio para que le gustara el metrónomo (Máquina, a manera de reloj, para medir el tiempo e indicar el compás de las composiciones musicales). Aprendió a tocar el piano a una edad temprana y con rapidez. Dios la había dotado con ese talento, con lo cual se sentía más que contenta. Al acercársele la fecha para ir al colegio, naturalmente solicitó una beca para estudiar música. Sin embargo, insistió en estudiar canto, no piano.

Ahora, June tiene una voz excelente, pero todos pensábamos que su más grande don estaba en el piano. No obstante, ¿quiénes éramos nosotros para decirle los sueños, las aspiraciones que debía

alcanzar? ¿Qué es lo que simplemente los padres, los maestros y los músicos saben? Mi esposa y yo nos frenamos y nos mordimos los labios.

Finalmente nos llegó el mensaje. Nuestra hija había recibido una beca para estudiar canto en la universidad. Ella se sintió feliz y nosotros tuvimos un suspiro colectivo de alivio. June había visto su sueño hecho realidad. Pero debido a que nunca antes había recibido una lección de canto, esta le resultó extremadamente difícil. Un instructor le dijo aquel primer año: «Si tú nunca antes habías recibido una lección de canto, ¿por qué estás aquí?». Año tras año, batalló siempre cuesta arriba. Ahora es una estudiante destacada y está en el cuadro de honor, porque siguió su propio camino.

¿Estábamos equivocados? ¿Debimos tratar de guiarla con firmeza hacia la especialidad de piano? Sin la interferencia de ninguno, June fue tras su arco iris y así descubrió su propia mina de oro.

En lugar de tomar decisiones por nuestros hijos, una de las mejores cosas que podemos hacer es ampliar sus perspectivas. Si es que quieren entrar en los negocios, pudiéramos conseguirles alguna literatura relacionada con ese campo. Hacer eso es guiarlos bien. También podríamos ofrecerles llevarlos a lugares apropiados, y relacionarlos con individuos expertos en los negocios.

Si el joven muestra inclinación por las matemáticas, sus padres debieran pensar entonces que siga una carrera de estudios en esa especialidad. Pero, simplemente porque el muchacho sea bueno en hacer alguna cosa, eso no garantiza que le gustará seguir esa carrera. Los adolescentes a quienes se les permite ir tras sus sueños, más que tras el sueño de sus padres, lo más probable es que luchen y se esfuercen enérgicamente por alcanzar la meta que se proponen.

Continuamente nos encontramos con adultos cuyos padres les aplastaron sus espíritus, les frustraron sus fantasías, les desbarataron sus anhelos. Ellos se resintieron con tal interferencia y aún muchos lo están hasta el día de hoy.

Gracias por las pesadillas

A todos nos tienen que tocar algunas «buenas» pesadillas. Cada uno debiera tener la experiencia de despertar a media noche sudando frío. Debiéramos permitirnos decir: «Cuánto tiempo perdí. ¿Qué voy a hacer en el mundo?»

Si animamos a nuestros hijos a admitir sus equivocaciones, los dejamos libres para que manejen sus vidas abierta y honestamente. Admitir abiertamente su error, les permitirá intentar nuevas aventuras, sabiendo que se puede triunfar o fracasar. Fracasar no es la tragedia más grande de la vida. Tener miedo a intentar hacer algo nuevo es una desgracia mucho peor todavía.

El permiso para crear pesadillas ayudará a nuestros jóvenes a ser honestos. ¿Cuántas personas usted conoce que mienten acerca de sus equivocaciones? Hacen un enredo muy grande y después les cuesta un gran trabajo ocultarlo. Por el temor a admitir sus fracasos, desperdician mucha energía y creatividad en negar sus errores.

Toda persona joven debiera saber que es normal echar a perder las cosas, y que es saludable admitirlo. Algún día los adolescentes podrán agradecerles a sus padres el que les hubiesen permitido tener sus propias pesadillas. Las pesadillas son una parte del proceso de soñar.

El amigo que me arrebataron

Cuando era un muchacho y vivía en Washington, la capital de los Estados Unidos, una familia afroamericana se mudó frente a nuestra casa. El acontecimiento resultó emocionante para mí. Aun cuando había familias afroamericanas apenas a unas cuadras de distancia, yo personalmente no conocía a nadie que fuera de otra raza distinta de la nuestra.

A decir verdad, miré aquello como un hecho intercultural. Con la curiosidad típica de un jovencito, pensé que sería interesante conocer cómo vive y siente una persona de otra raza.

En la familia vecina había un muchacho como de mi edad. Para ese entonces, no se nos permitía asistir a la misma escuela, aun cuando los dos vivíamos en el mismo barrio.

Nos tomó tan solo unos pocos minutos para que nos hiciéramos amigos. Si bien es cierto que no recuerdo con exactitud las cosas que hacíamos, sí recuerdo que jugábamos juntos. Hasta llegamos a hablar sobre algunos epítetos raciales. Le pregunté si alguna vez alguien lo había llamado con alguna la palabra fea. Me dijo que no. Él, por su parte, quería saber si alguien alguna vez me había llamado «pobre diablo blanco». Me eché a reír. Había escuchado la expresión, pero nunca me lo habían aplicado a mí directamente.

¡Qué cosa! Allí en las calles, a unas siete cuadras del capitolio de la nación, dos niños discutían sobre los intrincados detalles de las relaciones interraciales. A mí me caía bien mi nuevo amigo, y sospecho que yo también le caía bien a él. Inmediatamente después de las clases en la escuela, yo lo buscaba ansioso, y los dos jugábamos sin dificultades.

Habían transcurrido tan solo unos pocos días desde que nos conocíamos, cuando mi madre me confrontó. Ella quería saber si yo estaba jugando con el muchacho negro que vivía al otro lado de la calle. Con mucho entusiasmo le dije que sí. Ella entonces me dio un fuerte sacudón y me dijo que nunca más debía jugar con él. Al poco tiempo, la familia negra se mudó a otro lugar. Pero el recuerdo de mi amigo nunca se borró.

A lo largo de los años, hubo otras amistades en mi vida, pero esta fue una que literalmente me arrebataron.

Con frecuencia me he preguntado por qué los adultos no nos dejan solos. Él y yo habríamos arreglado las cosas a nuestra manera. Tuvimos un gran comienzo. No habíamos tenido ninguna

frustración, ni sentíamos fanatismo, intolerancia u orgullo falso. Nosotros, simplemente, nos aceptábamos el uno al otro.

Los padres tienen las llaves en sus manos

Las llaves para evitar o calmar el prejuicio se encuentra en muchos lugares. Las escuelas, las iglesias, los familiares y amigos, cada uno tiene un llave para el juego complicado de candados que llamamos fanatismo. No hay una simple solución a este problema. Pero en el llavero hay una que es más grande que las demás. Es la llave de los padres. La usamos para cerrar o abrir las puertas que forman la actitud de nuestros hijos con respecto a las personas que son diferentes a ellos.

Cada niño de padres cristianos tiene la oportunidad dorada de resistir al prejuicio y al bulling. Aun cuando es cierto que estamos lejos de ser perfectos, sin embargo, tenemos la posibilidad de amarnos unos a otros como iguales, de estar por encima del odio y la discriminación, y trasmitir ese mismo comportamiento a nuestros hijos mediante nuestro ejemplo.

El debate no es si debiéramos desfilar en pro de la igualdad, o escribirle a nuestro representante en el congreso. Nuestra función cristiana esencial y nuestra responsabilidad es dar amor a todos y trasladar ese amor a nuestros propios hogares. Nosotros, como cristianos, que enviamos misioneros a todas las naciones del mundo, actuamos realmente como hipócritas si rechazamos a otros por prejuicio en nuestras propias casas.

La esperanza que tenemos de reducir seriamente el prejuicio y la discriminación es dejar en libertad a nuestros hijos para que exploren por sí mismos este mundo, el cual está lleno de contrastes. Los padres de familia deben tragarse sus emociones condicionadas y darles el permiso de amar a otros que no son, racialmente, física

o intelectualmente igual que ellos. Si hay muy poca esperanza con los adultos recalcitrantes, dejemos esta oportunidad para los hijos.

Ciertamente podemos esforzarnos un poco más para aliviar a nuestros hijos de la carga de los prejuicios sociales.

Dar permiso

No se espera que los padres fuercen a sus hijos a que amen a otras personas. El mejor regalo pudiera ser simplemente darles permiso. «Está bien amar a personas diferentes a nosotros» es un mensaje que abre todo un caleidoscopio de posibilidades multicolores y de variantes, las cuales les servirán de mucho a nuestros hijos.

Cuando damos permiso, lo más probable es que nuestros hijos traigan a casa a niños hispanos, norteamericanos, afroamericanos, asiáticos, africanos, altos, bajos, gordos, flacos, rubios y morenos. No solamente a gente que nos visita de las misiones en el extranjero, sino también a amigos locales a quienes han conocido y de los cuales se sienten libres de presentar a sus familias.

A los hijos no se les ordena que vayan y se mezclen con un grupo en especial. Más bien se les consiente hacerse amigos de quienes deseen.

Cuando la serie de televisión *Raíces* se trasmitía, nosotros, como familia, vimos gran parte de esos programas. No fue algo que hubiésemos planeado, pero tal parecía que todos corríamos hacia el televisor al mismo tiempo. En la mitad de uno de los episodios, nuestra hija June, que asistía a la escuela, nos lanzó una pregunta desde el campo izquierdo: «¿Cómo te sentirías, papá, si yo me casara con un chico negro?».

Le contesté espontáneamente y le dije lo que se supone todos los papas le deben responder a sus hijas jóvenes: «Está bien, siempre que él sea el mejor chico del mundo para mi niña».

Años más tarde, y ya como estudiante universitaria, mi hija June fue a St. Louis para pasar el verano trabajando con niños del

centro de la ciudad. En su carta, June me agradeció por lo que le dije mientras veíamos el programa Raíces. Señaló que mis palabras le habían dado libertad para aceptar sin prejuicio a las personas de otras nacionalidades. Su padre no se atragantó con el café o le dio una disertación social. No le dijo que no podía relacionarse con otras personas diferentes a ella.

La forma en que los padres tratan a los demás produce un efecto profundo en los niños. Ellos no tienen por qué gastar sus vidas reaccionando a los prejuicios de sus padres. A los niños les dará mucho trabajo tratar de estar de acuerdo con la intolerancia de sus padres, o también les costará mucho esfuerzo intentar rebelarse contra la discriminación. Sea usted un ejemplo, pero no embrolle el proceso con pesadas presiones de «haz esto y no hagas esto». El regalo más importante que le puede dar a sus hijos es la libertad de sentir que son ellos mismos.

Al apóstol Pedro se le hizo difícil aceptar a los gentiles como iguales a los judíos (Hechos 10). La última cosa que hubiera querido hacer era ir y predicar el evangelio a Cornelio, el centurión romano en Cesárea. Pero, después de aprender algunas lecciones difíciles, Pedro se dio cuenta de que Dios ama a toda la gente sin mostrar favoritismo (v.34). Ciertamente, nosotros les podemos trasmitir esta simple verdad a nuestros hijos, sin que ellos tengan que pasar a través de la tormenta por la que pasó Pedro.

Afortunadamente, nuestra hija mayor, Mary, también sintió este mágico «permiso» cuando pasó un caluroso verano trabajando con muchachos en la ciudad de Dallas. O cuando atendió a muchachas en dificultades. O ahora, que trabaja media jornada en el bufete de un abogado.

Hay algunas cosas que los padres pueden hacer que sus hijos sientan. El individuo, en sí mismo, debe sentir compasión, tal como él mejor lo entiende, en su propio corazón. Los hijos, ya crecidos, deben pedirle a Dios que quite de sus corazones lo que no está bien.

Los padres deben abrir las puertas y dejarlos en libertad para que actúen según su propio sentido de igualdad.

Los ejemplos ayudan

Las palabras son vacías sin un contexto. Si una madre o un padre dicen: «amor, amor, amor», pero sus acciones dicen: «odio, odio, odio», sus hijos lo aprenderán rápidamente. Los jóvenes entienden la diferencia entre hablar y andar, y es el comportamiento, no las palabras, lo que probablemente mejor aprendan y recuerden.

A los niños no se les olvidará cuando vean a sus padres sirviendo las mesas en cocinas populares, enseñando en las misiones de la ciudad, yendo a los campos misioneros, o repartiendo ropa y muebles usados a los pobres. Tales ayudas quedan impresas en forma indeleble en sus mentes y ni siquiera con la edad se logran borrar.

Con frecuencia los padres creen que les dan ejemplos malísimos a sus hijos. La cuestión es que nadie nos pide que les demos ejemplos buenísimos. En la medida en que los niños avanzan de grado en grado en la escuela, muy pronto se dan cuenta que sus padres tienen defectos. Los niños pueden hacer frente a ese conocimiento.

A pesar de nuestra imagen imperfecta, los niños necesitan vislumbrar el cristianismo en nosotros. Aun en esas breves imágenes de nosotros como ejemplos del amor y de la misericordia de Dios, son suficientes para inspirar y estimular a nuestros hijos.

Ningún sistema escolar, o la iglesia misma, enseñarán tan bien como lo pueden hacer los padres de familia. Verdades y valores fundamentales se aprenden en la mesa del comedor, en los juegos de salón con la familia, y durante las vacaciones o días de campo. Los padres son los primeros en inculcar en los hijos cualidades buenas y duraderas. En vez de preocuparnos tanto respecto de las otras influencias que pudieran afectar a nuestros niños, primero debiéramos interesarnos en la que ejercemos sobre ellos.

El escenario del Antiguo Testamento se aplica todavía en el día de hoy:

> «Grábate en el corazón estas palabras que hoy te mando. Incúlcaselas continuamente a tus hijos. Háblales de ellas cuando estés en tu casa y cuando vayas por el camino, cuando te acuestes y cuando te levantes» (Deuteronomio 6:6-7).

Vienen los laosianos

Al igual que la mayoría de las familias, nosotros tampoco hemos vivido sucesos espectaculares. La mayor parte de nuestra vida ha consistido en comprar zapatos, cortar el césped y visitar los parques de la ciudad. Pero algunos acontecimientos nos han impresionado de forma permanente.

Hace varios años, estábamos viendo la televisión y vimos las escenas de familias laosianas encerradas en grandes campos de detención. Pat y yo nos sentimos impulsados por Dios para ayudar a cambiar la situación de alguna de esas familias. Al poco tiempo, nos encontramos con unos amigos y formamos un grupo para traer a una familia de Laos a nuestra pequeña ciudad Aurora, en el estado de Nebraska.

Les informamos del plan a nuestros hijos y los invitamos a participar en el momento en que quisieron ayudar. Nuestra meta era servir a Cristo Jesús ayudando a esta familia, y esos fueron los términos que empleamos. Inclusive, colocamos un jarrón sobre la mesa, donde cualquiera que quisiera podría cooperar en las finanzas necesarias para llevar adelante este noble plan.

Llegó el día cuando abordamos nuestros carros y nos dirigimos hacia Grand Island para encontrar a la familia Bouatick. Y allí, en ese lugar, conocimos a Tou y Kim, a sus dos hijas Le y Loli, y a KhamPheo, una adolescente emparentada con ellos. Todas sus pertenencias eran apenas unos pocos bultos.

Rápidamente trabamos amistad, aun cuando la barrera del idioma hacía casi imposible la comunicación. Cada uno de nosotros señalaba y gesticulaba más de lo que hablaba. Un día, Pat y Kim dieron vueltas sobre el piso, muertas de risa, ya que cada una de ellas se daba plena cuenta de que no entendía ni pizca de lo que la otra había dicho.

Nuestros hijos trataron de enseñarles inglés a los niños y de ser amistosos con ellos en la escuela. Mary usó un aula diseñada especialmente para la enseñanza del idioma inglés, y así enseñar a KhamPheo.

Sus necesidades variaban y nos sentíamos emocionados de ser parte de sus vidas. Una vez, le anunciamos a nuestra familia que recogeríamos ropa para los Bouatick. Si tenían algo para regalar, podían depositarlo frente a la puerta.

Sin mucha tardanza, Mary trajo dos bolsas llenas y las colocó sobre el piso. Su curiosa hermanita, de cuatro años de edad, se puso a ver lo que había en ellas y comenzó a separar las prendas de vestir que Mary había donado.

—Mary —protestó June—, estos jeans son prácticamente nuevos.

—Lo sé —contestó Mary—, pero yo tengo otros y KhamPheo no tiene ninguno.

Nunca sus hijos aprenderán en la escuela actitudes como éstas. Lo mejor que usted puede hacer es ser ejemplo y aprovechar la oportunidad. Por lo general, esto es contagioso. Con frecuencia, ellos superan cualquier cosa en la que ustedes estuvieron involucrados. Las rígidas lecciones de moral no se pueden comparar con el valor de los ejemplos prácticos.

Es muy difícil rechazar a toda una raza cuando uno ha conocido a unos pocos que son estupendos. Es difícil creer en estereotipos cuando usted ha visto los grandes contrastes que existen en los seres humanos.

Cada niño debiera tener ese privilegio: La experiencia aleccionadora y ennoblecedora de conocer a personas que son diferentes. De tales experiencias surge la libertad de aceptar a otros.

Los padres tienen la autoridad de decir: «No jueguen con los niños del otro lado de la calle», o también pudieran decir: «Vayan, jueguen con ellos y diviértanse». Es dentro de estas dos actitudes que podemos inculcar un espíritu en nuestros hijos, el cual les podría durar por el resto de su vida.